

—¿Cincuenta libras? Las tengo yo. ¿Que, te has figurado! —replicó, amargamente—. No es eso. He venido a Londres porque dicen que es la ciudad más rica del mundo. Quería hacerme rica, para vivir en paz con el hombre aquien amase. Porque tengo que encontrar un hombre a quien ame de veras... ¿No te parece? No me gusta el vicio. Me repugna; me entristece; casi me mata. Pero en Londres no hay dinero; tampoco hay dinero en Londres. Y yo quiero dinero, ¿comprendes? Mucho dinero. No por el dinero mismo, sino para alejarme del mundo, para vivir bajo los naranjos, cerca del mar, con mi hombre, con el único, con quien sea.

Joe estaba con los ojos en el suelo. Irguió la cabeza, de pronto, y con gran firmeza.

—Yo trabajaré para ti, si me quieres.

—¿Quererte?—y saltando ágilmente se abalanzó sobre él, se sentó en sus piernas y le prodigó alocadas caricias.

De esta suerte Marieta sometió la voluntad de Joe.

**

A las once la mañana penetró un automóvil en el patio del Hotel Saboya, por el Strand. Joe saltó a tierra, rebotando levemente sobre el pavimento de caucho. Un mozo se adelantó a su encuentro.

—¿Trae el señor algún equipaje?

—Nada más que esta maleta. El resto llegará mañana por Charing Cross.

En el hall se avistaron con el *manager*.

—¿Que habitaciones quiere el caballero?

—En el piso principal; dos habitaciones grandes, con un gabinete de recibir. Naturalmente, que las habitaciones den también al pasillo, para el caso de visitas enojosas. ¿Entiende usted?

—Entendida.

—Mi señora vendrá dentro de unos minutos.

Joe elogió las habitaciones. Y volviéndose hacia el *manager*:

—Mi señora desea comprar algunas alhajas. No conozco aquí ningún joyero ni soy entendido en la materia, ¿quiere usted acompañarme?

Habiéndose puesto el *manager* del hotel al servicio de Joe, salieron entrambos camino de una joyería. Retornaron a poco, seguidos de un dependiente que traía algunas joyas en un saquito, a fin de que la señora eligiese. Subieron al gabinete. Joe, con

Para «CENTAURO»

¿ CUANDO... ?

En vano espero su carta, la carta que me devolvería su corazón...

No llega, más ¿Llegará...? ¿Quien sabe! cada día que pasa una herida más que destroza mi ya deshecho corazón, que derrumba el frágil castillo de las ilusiones que me forjó con el yunque del amor, de aquel amor que juró tenerme, y yo ¡pobre de mí! creí confiadamente sus engañosas palabras, figurandome que mi pasión era correspondida... Cada día que pasa me hace desconfiar de la llegada de esa carta bienhechora, sin embargo desde aquel, de triste recuerdo para mí y a todas horas confío que me llamará a su lado, pero no por si algún día llega a amarme, sino rendida de amor...

No, no me llamará. Ella una vez más no querrá vencerse a sí misma, y tal vez hará con su corazón lo que conmigo hizo: engañarle. Tal vez se hará creer así misma que su amor es lo que fué tantas veces quimera... una ilusión.

elegante además de desenfado, arrojó sobre la mesa guantes, sombrero y bastón. Penetró luego en la estancia cerrando la puerta tras de sí. Oyose algo así como un diálogo musitado. Joe salió de nuevo.

—Mi señora, que no está en traje a propósito para recibir, desea que le muestre las joyas dentro de la habitación.

El dependiente extrajo del saquito las joyas

—Ya sabe usted: este collar de perlas, 2.000 libras; estos pendientes de brillantes, 1.000 esta lanzadera, 1.500; estas otras sortijas, a 400, indistintamente; esta diadema, 2.000.

Joe sonrió como desdeñando la minúscula cuestión del precio. Se introdujo en la alcoba. En ella durante un tiempo, se escuchaba un leve rumor, como de diálogo. Luego cesó. Pasaron unos segundos. Nadie salía. El dependiente miró al *manager* con gesto dubitativo. Este salió corriendo al pasillo con tal ímpetu, que dió de bruces contra un caballero que en traje de automovilista, peludo abrigo y gorra anteojeera calada, salía a buen paso. El *manager* arrancó la gorra al automovilista. Era Joe.

—¡Ladrón! ¡Vengan las joyas ahora mismo!

Joe estaba livido.

—¡Por amor de Dios! ¡Déjeme escapar! Tome, tome.

Y le iba entregando el collar, la lanzadera, los anillos.

—¡Falta la diadema!

Joe llevó la mano al bolsillo e hizo un movimiento ágil. Algo brilló friamente. Sin que el *manager* lo pudiera impedir, seccionóse la yugular con una navaja barbera. Cayó ya exánime.

**

Aquel mismo día, en el restaurant del Saboya, una dama morena se informaba del mozo, acerca del conato del robo y suicidio del ladrón.

—Ahí es nada, señora; como quien no quiere la cosa, unas 10.000 libras. Estuvo en un tris que no se largase.

—¿Y le amenazaron o él mismo se mató?

—El *manager* dice que fué como un rayo. Cuando quiso darse cuenta, ¡zas!, ya se había cortado el pescuezo.

—¡Pobrecillo!—La dama tenía los ojos llenos de lumbre, los labios temblorosos.—Oye, traéme *Aeti epumante*, helado.

¿Cuánto tardará esa carta? ¿Quién lo sabe! Una eternidad me parecen los días que pasan desde aquél, en que yo, lloroso y baibuciente, al suyo le descubrí mi corazón, intentando el último esfuerzo, y ella ¡la cruel inflexible, no hizo caso de la sinceridad de mis palabras y promesas de amor...

Acaso hoy, probablemente mañana, seguramente nunca, y hasta el día de mi muerte viviré con esa secreta y engañosas esperanza... quimera e ilusión... como su amor...

JULIO VALIENTE BOTELLA

MARIO ARNOLD

Procedente de Madrid, ha llegado a ésta, el inspirado poeta y escritor notable, MARIO ARNOLD—colaborador de «Prensa Gráfica»,—con el solo objeto de formar parte de nuestra redacción y dar a conocer a esta tierra el fruto de su pluma delicada. MARIO ARNOLD será desde hoy redactor de «Centauro»,

VARIAS...

Un acto de salvajismo.

Días pasados en la Puerta de Valencia dos bárbaros de 15 y 17 años la emprendieron a patadas y pedradas con un infeliz niño.

La infortunada criatura, tendida en el suelo recibió, sobre su debil cuerpo, los golpes brutales, que con los pies y con las manos armadas con una piedra, le daban en cara y cuerpo los salvajes agresores

No es lo peor el acto brutal realizado por los bárbaros, si no que el padre de ambos, persona madura; contemplaba desde una ventana complacido y sonriente, el criminal espectáculo.

El pobre pequeño salió lleno de lesiones, con la cara sangrando y deshecho, en tal forma, que no puede aun comer a pesar de los días transcurridos.

Parece que los tribunales entienden en el asunto; pero no estaría demás que por quien le correspondía, se le impusiera una buena multa al padre de los bárbaros, para que se le conmoviese el bolsillo, ya que no el corazón, si presenciase otro acto de barbarismo.

Nuevo secretario.

Ha tomado posesión recientemente de su nuevo cargo de Secretario del Gobierno militar, el dignísimo capitán y distinguido amigo nuestro, D. Enrique H. Arteaga, de reconocida cultura y competencia.

Sintiendo la marcha de su dignísimo antecesor, nos congratulamos de que sea D. Enrique H. Arteaga el que le suceda y le auguramos muchos aciertos en la difícil misión, que tiene encomendada.

De Monovar.

Ha regresado de Monovar, donde pasó unos días D. Angel Diez, capitán del primer equipo de la Real Unión, que dirigirá sus huestes en el partido del domingo.

Una memoria.

Por el Presidente de la misma, nos ha sido remitido la memoria correspondiente al ejercicio último de la Cámara de Comercio.

Durante el mismo la Cámara de comercio con las cuotas recaudadas a los asociados, atendió debidamente a sus fines, realizando servicios tan importantes como «El registro de desauco y morosos», «Registro fiscal», «Impuestos de derechos reales», «Urbanización municipal» etc. entre otros muchos de los que tiene montados con tanto acierto y de tanta utilidad.

La Junta de Gobierno actual está entregada por los señores siguientes: D. Justo Arcos Carrasco, presidente—D. Joés Conangla Cano y D. Manuel Falcó Reig vicepresidente,—D. José Lopez Picazo, contador—D. Joaquin Nicolau, tesorero—D. Juan López y D. Pedro Alfaro, vocales.

La beata Mariana de Jesús.

Está causando profunda admiración, el caso de la beata Mariana de Jesús en cuantos lo han conocido,

El cuerpo de la beata que se encontraba depositado en la iglesia de D. Juan de Alarcón de Madrid, al ser examinada la urna, se halló el cadáver de la beata en perfecto estado de conservación.

Los médicos que lo examinaron vieron sorprendidos y maravillados, que el santo cadáver tenía aún sangre fresca en las venas.

Toda la Prensa de Madrid se viene ocupando de caso tan excepcional y milagroso muy extensamente.

Desanimación.

El Alfonso XII se encuentra muy poco concurrido a la hora de los paseos de tarde y noche; puede decirse que estamos en familia.

En un principio, supusimos sería que la concurrencia había aumentado en el Parque, pero allí también se nota la desanimación.

La verdadera causa es la emigración de numerosas familias a las playas y puntos de veraneo, que se encuentran en la actualidad, en todo su apogeo

Sería conveniente.

Sería conveniente, que por quien le correspondiera exigiera cubas bien cerradas para la limpieza en los pozos negros, sin que pudieran empezar antes de la una de la noche, ambas de que protestaban los concurrentes al Alfonso XII las pasadas noches.

“La Cruz de Hierro,”

Desde el próximo número, empezaremos a publicar una interesante novela de la vida andaluza, escrita expresamente para esta revista, por el joven poeta MARIO ARNOLD, de la prensa madrileña. Va ilustrada con hermosos dibujos de “CENTAURO,”

No deje Vd. de conocer la alegría triste de esta copla flamenca, donde suenan las guitarras bajo unos claveles que sonríen en la reja.

“LA CRUZ DE HIERRO,”
por MARIO ARNOLD

